

José Carlos Bermejo

DUELO E INTELIGENCIA ARTIFICIAL



Desclée De Brouwer

Duelo e Inteligencia Artificial

José Carlos Bermejo

Duelo e Inteligencia Artificial

Desclée De Brouwer

© José Carlos Bermejo, 2025

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER S. A., 2025

Henao, 6 - 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-330-3954-5

Depósito Legal: BI-697-2025

Índice

Introducción	9
--------------------	---

I

Duelo y mundo digital

1. Inteligencia artificial y duelo	19
2. Cuentas <i>in memoriam</i>	24
3. Velatorios virtuales	27
4. Tumbas y cementerios virtuales: memorialización con imágenes	33
5. Identidad digital postmortem	40
6. <i>Deadbots o Griefbots</i> : chatear con nuestros muertos, inmortalidad bidireccional	44
7. <i>Selfies</i> pre y post mortem. Restos digitales	50
8. Al final de la vida, en cuidados paliativos	56
9. Un retorno cultural al pasado	61
10. Cuerpo electrónico	66
11. Programar y despedirse: legado digital y derecho al olvido	69

12. “Resurrección” digital en el móvil o “ahora mismo vuelvo”	73
13. Todos somos... Duelo colectivo	78
14. Pornografía de la muerte y del duelo	81
15. Lázaro, ¡sal fuera! Códigos QR en lápidas	85
16. Revivir a un ser querido con realidad virtual en 3D	87
17. Humusación	93

II

Impacto de la pandemia en el duelo

1. Un momento insospechado para el duelo	101
2. Duelos inéditos	103
3. Tanatorio en casa	107
4. Tanatorios virtuales	109
5. Duelo por uno mismo (por mí mismo) y novias digitales	112

III

Claves éticas sobre duelo y digitalización

1. Ética y duelo	121
2. Tecnología y humanización	126
3. Finitud e inmortalidad	130
4. Libertad y responsabilidad	132
5. Salud mental y el deber ético de hacer el trabajo del duelo	136
6. Lo encarnado y lo real	139
Cerrando el libro	143

Introducción

Sí, claro, me asusta.

Mi propio título: *Duelo e inteligencia artificial*, me asusta.

Me asusta sin ser yo asustadizo en lo que tiene que ver con la técnica, la tecnología y sus aportaciones. Porque, en principio, doy la bienvenida a todo lo que, siendo resultado de la inteligencia humana, somos capaces de crear para facilitarnos la vida, simplificar los procesos y agilizar el acceso a la información.

La inteligencia artificial, galopante entre los que vivimos en este momento histórico, es vista por la mayor parte de la gente como un instrumento más. Son muchos los que no se plantean sus límites ni sienten la urgencia de leyes que la regulen y, mucho menos, éticas que la piensen y la sometan al discernimiento. La fascinación tecnológica, a buena parte de la ciudadanía, le hace más torpe en el pensar y en el hacerse la pregunta por el bien y el mal –la ética–, equiparando lo que es posible con lo que es bueno.

Diseñada para ayudar al ser humano con la resolución de algunos problemas y tareas del día a día (baste pensar en la navegación con los mapas de nuestros coches), algunas personas están utilizando las posibilidades que ofrece para recrear y conversar

con seres queridos que fallecieron, para buscar consuelo en el desahogo del duelo, para crear hologramas que pseudo-reemplacen al ser querido fallecido.

Todo empieza por la permanencia digital de nuestros seres queridos fallecidos en el ciberespacio, dando paso al papel mediador de la tanotecnología. No hace mucho, un célebre autor de teología, durante su estancia en la Unidad de Cuidados Paliativos San Camilo, del Centro que dirijo, terminó uno de sus trabajos literarios pendientes y lo publicó ágilmente, antes de fallecer, con el título: “*Non Omnis moriar*”. *Non omnis moriar* es una expresión latina que nos ha llegado a través del poeta Horacio. Podemos traducirla como ‘no moriré del todo’, o bien, ‘no todo lo que soy desaparecerá’ y, en su sentido hegemónico, hace referencia a la inmortalidad del alma. Pero también es interpretable desde perspectivas tan mundanas como la memoria, por los recuerdos e influencias que dejamos a nuestro paso; la comunicación, por las historias transmitidas a través de la tradición oral; e incluso los restos físicos, porque permanecen y requieren un ritual funerario que proteja la psique y las emociones de nuestros seres queridos. Al día de hoy, y por lo que nos interesa en este trabajo, decimos también: con el mundo digital “*non omnis moriar*”; dejamos un rastro digital “vivo” tras nuestra muerte.

Parece que fue ayer. Recuerdo perfectamente el vuelo Madrid-Roma, Iberia 3236, que era tan familiar para mí. Era el 2 de noviembre y domingo, y la azafata me ofreció con una gentileza inusual, los periódicos del día, diciéndome que había artículos muy interesantes. Y así me encontré con el mundo del duelo digital, para mí desconocido hasta entonces.

Por aquellos tiempos, no podía imaginar que un virus, meses después, generaría una situación en la que tantos aspectos del

duelo, encontrarían una expresión relevante en el mundo digital. El mundo se pararía, las fronteras de todo el mundo se cerrarían, dejarían de volar los aviones, circular los trenes, los autobuses... Se cerrarían todos los lugares de encuentro cultural, de ocio, de formación, y, por tanto, también los lugares de condolencia por la muerte de una persona: los tanatorios. Y el mundo digital se potenciaría a la velocidad de la luz en torno a los dolientes.

Me sorprendió lo de “más de 30 millones de muertos en Facebook”, lo de los códigos QR en las lápidas para escanear y algo así como decir: “Lázaro, sal fuera” y encontrarse en el móvil con fotos, audios o videos de la persona enterrada. Me sorprendió lo de los *selfies* en los funerales para “compartir los sentimientos con los amigos” y aquello del legado digital y las empresas fúnebres que gestionaban el *post mortem* virtual. Quedaba ya lejos el argumento de la película *Mi vida sin mí*, que planteaba la posibilidad de dejar una herencia de grabaciones de cintas para que los seres queridos pudieran escuchar tras la muerte de la protagonista.

Por entonces, no se hablaba tanto de espacios de conmemoración, ni había salido todavía el episodio de *Blak Mirrou* titulado “ahora mismo vuelvo”, que presenta la ficción de recuperar la relación con un ser reconstruido con la huella digital, primero por e-mail y luego en forma de androide.

Ha sido más tarde cuando me ha llegado una consulta sobre mi opinión acerca del influjo sobre el doliente de una eventual transformación de los restos humanos en *compost* para plantas, que se podrían recibir un año después del fallecimiento, y que recibe el nombre de *humusation*.

Y más reciente para mí aún es la creación de comunidades virtuales para el duelo, o la posibilidad de reencontrarse con el ser querido fallecido gracias a un modelo 3D creado para visualizarlo mediante gafas y guantes especiales que permiten ver y tocar al fallecido e interactuar con él mediante la reconstrucción virtual del rastro digital y de las características de familiares próximos.

En el año 2016, junto con mis compañeras Marisa Magaña y Marta Villacieros, estudiamos lo que nos habíamos empeñado ya en llamar “pulgas del duelo”, resultando que entre los factores que complican la elaboración del dolor por la pérdida de un ser querido (pulgas), uno de ellos es, precisamente, el manejo del mundo digital. Los resultados arrojaban un 15-20% de acuerdo con las posibles prácticas que fomentan formas de supervivencia o inmortalidad virtual, siendo la mayoría las personas que consideraban que no ayudan a realizar el proceso saludable del duelo.

En 2020 hice un trabajo sobre esta temática del duelo y el mundo digital, centrado en la situación concreta de la pandemia, que nos llevó a utilizar los posibles digitales para ritos y celebraciones, cuando el tanatorio “seco” era la propia casa, sin abrazos ni lágrimas a la vista, poco después de que Jean Allouch planteara su corrección al psicoanálisis con *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*, en 2009.

Ahora, leyendo en el 2025, me doy cuenta de que las cosas van deprisa y hasta dudo de que los resultados de un cuestionario semejante al de hace 5 años, arrojara resultados similares. La generalización del uso de las nuevas tecnologías de la información y las redes sociales digitales en la vida cotidiana de las personas, va abriendo posibilidades como “cementérios virtuales”, “cuentas *in memoriam*”, “testamentos virtuales”,

“ritos cibernecrúrios”, “obituarios virtuales”, posibilidad de “recrear” a los difuntos en el mundo digital para interactuar con ellos, etc. Estamos en un nuevo momento que expresa una nueva visión de la muerte, mediada cada vez más por la tecnología informática e internet y es indicativo de la creciente necesidad de generar nuevos modos de pensar e imaginar la muerte en la era digital.

En tiempos de pandemia por coronavirus, el uso de todas estas posibilidades cambió significativamente, no solo aumentando, sino tomando otro sentido, al ser, en parte, el único modo de intercambiar condolencias, debido al cierre de tanatorios y prohibición de ritos fúnebres y de encuentros de más de unas pocas personas.

En un mundo de ordenadores, *smarphones* y *tablets*, vivir al margen del mundo digital es realmente difícil. La realidad de la muerte no puede ignorar el papel que cumplen estos elementos esenciales de la cibercultura en la experiencia con cuanto rodea a la muerte. Este mundo digitalizado va tan deprisa que no quiero pensar que cuando estas páginas vean la luz, se hayan quedado viejas, pidan enseguida una actualización, debida a las novedades ahora insospechadas.